El teatro que cura: donde las abuelas se llaman Amparo Grisales y el cáncer pierde su guion

A las seis de la mañana, Luis Libardo Florez Medina, conocido por todos como el profesor Bayo, abre los ojos en su casa del barrio Campo Hermoso. Lo primero que piensa no es en sí mismo, ni en el café caliente que lo espera en la cocina, ni en la ruta que tomará para llegar a la EMA, piensa en ellos: en los jóvenes, los adultos, los pensionados, los desmotivados, los que cargan heridas invisibles. Piensa: ¿cómo voy a motivarlos hoy?

Ese es el combustible de sus días. Porque para Bayo, que lleva 35 años de vida dedicados al teatro, el escenario es mucho más que un lugar para actuar: es un espacio para sanar.

Su historia comenzó cuando era un estudiante de noveno en el colegio. Allí, en un ensayo de teatro callejero de la UIS, supo que había encontrado su propósito. Estudió Artes Escénicas en la Universidad Distrital de Bogotá, se especializó en teatro en Cali y se convirtió en máster en dramaturgia de la Universidad Nacional de Colombia.

Pasó por escenarios tan emblemáticos como el Teatro La Candelaria, ese referente mundial donde trabajó bajo la dirección del maestro Santiago García. Pero hoy, su escenario es otro: las salas de formación de la EMA, donde hace ocho años enseña teatro a quienes nunca imaginaron subirse a un escenario.

“Si no transformo el mundo, al menos transformo una que otra vida,” dice el profesor, con una honestidad que impacta. Porque sabe que en cada clase, en cada ejercicio de improvisación, en cada montaje, no solo está formando actores: está rescatando seres humanos.

Ahí está, por ejemplo, Nelly Rodríguez, integrante del grupo Rayito de Luz. “Siempre quisimos actuar, danzar, pero nunca tuvimos la oportunidad. Desde que llegó el profesor Bayo, nuestras vidas cambiaron. Anhelamos el martes para venir a clase. Él nos ha devuelto la alegría,” dice con la voz temblorosa, mientras suelta una carcajada nerviosa.

O Lenin Delgado Manjarrés, quien carga en su cuerpo y en su historia el peso del cáncer y de las batallas emocionales. “Yo le decía al profesor que no me gustaba eso del teatro, que me daba pena. Pero él tuvo paciencia, me insistió. Hoy tengo hasta nombre artístico: ¡me llaman Amparo Grisales! ¿Quién iba a creer que a esta edad estaría actuando y que eso me ayudaría a subir mi autoestima?”

El teatro, para Bayo, es un acto de rebeldía contra las prisiones invisibles. “Los jóvenes hoy están atrapados en la cárcel del Internet. El teatro les da un espacio para crear, jugar, hablar de su realidad. Y para los adultos, es el espacio que nunca les dejaron tener cuando eran niños. Aquí pueden expresarse, sacar todo eso que guardaron por años,” explica.

Lo que pasa cada semana en la EMA no sale en los titulares ni en los noticieros. No es viral en TikTok ni tendencia en X. Pero ahí, entre ejercicios de respiración, risas, lágrimas y abrazos, la gente reconstruye pedacitos de sí misma que creía rotos para siempre.

En un país donde a veces parece que el arte es un lujo para unos pocos, historias como estas gritan que no: que el arte es una herramienta de transformación social, de sanación, de encuentro humano. Que basta un profesor con pasión, un grupo dispuesto a jugar y un escenario sencillo para que hasta los más golpeados por la vida se permitan volver a soñar.

“No cambiamos el mundo,” repite Bayo, “pero sí podemos cambiar una que otra vida.”

Y eso, créanme, ya es un milagro.

Oficina de Prensa y Comunicaciones Escuela Municipal de Artes y Oficios de Bucaramanga -EMA-